

LETICIA ZARZA

Horizonte



Galería de arte
Utopia
arkway

LETICIA ZARZA

CATÁLOGO

Leticia Zarza
Utopia Parkway

TEXTO

Enrique Andrés Ruiz

IMPRESIÓN

Exaprint

UTOPIA PARKWAY

GALERÍA DE ARTE

Calle Reina, 11. 28004

+34 91 532 88 44

info@galeriaautopiaparkway.com

www.galeriaautopiaparkway.com

HORARIO DE GALERÍA

Martes a viernes de 12 a 14 / 17 a 20H

Sábados cita previa

LETICIA ZARZA

Horizonte

24 de abril - 5 de junio

MADRID

UTOPIA PARKWAY

2026

LETICIA ZARZA: UNA LUZ DESIERTA

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Una mañana de domingo en Madrid, en pleno verano, las grandes avenidas financieras, todas desiertas. El fulgor del sol estrellándose sobre el cristal y el acero...

Los primeros pasos en público de Leticia Zarza como artista fueron tan silenciosos que nadie la oyó llegar. Daba clases, tenía una academia de dibujo y pintura, es lo que se sabía. También trabajaba allí como profesor Chema Peralta, de quien luego vimos un extraordinario retrato a lápiz hecho por Leticia en clave realista mágica, puro, delicado, con un cierto estupor inquietante. El pudor y la modestia mantenían los dibujos de Leticia en la oscuridad y en el silencio de las cosas privadas. Enseñaba a dibujar, visitaba las exposiciones de la galería Utopía, eso era todo.

Hace unos pocos años se decidió a exponer por primera vez. Los artistas españoles que han hecho de la arquitectura y —para entendernos— las casas un tema predilecto son muy numerosos, sobre todo los afiliados a las tendencias figurativas más o menos neo metafísicas, para decirlo con el término de Juan Manuel Bonet, o afines a lo que Paco de la Torre ha llamado «figuración postconceptual». El propio De la Torre es uno de ellos, además de su principal teórico.

En 2017, una exposición titulada *Arquitecturas pintadas*, comisariada por otros dos pintores de la misma cuerda, Juan Cuéllar y Roberto Mollá, visitó Berlín y Varsovia, y alguna otra sede, levantando así una especie de barrio español de la pintura formado por las de los mismos Cuéllar y Mollá junto a las de Dis Berlin, Elena Goñi, Fernando Martín Godoy, Teresa Tomás o Joël Mestre, y a una cierta distancia, las otras calles y casas de Carlos García-Alix, Damián Flores, Charris y Chema Peralta, el amigo y el compañero de trabajo retratado por Leticia. Sus dibujos hubieran aportado a aquella selección una especial levedad, como la de sus pasos cuando se decidió a exponer por primera vez en Utopia Parkway.

Cuatro años después de aquella presentación en sociedad, Leticia Zarza ha logrado hacer compatible su silencio de siempre con una nueva firmeza. Aquellos primeros dibujos con grafito, de cuyos inmediatos motivos arquitectónicos el espectador se veía distanciado por unos filtros o unas planchas de color, llamaban aún a la puerta antes de entrar. Adentro estaban los otros artistas con sus exposiciones, a veces muchas, sus largos viajes.

Ahora el color es otro. La lisura de las superficies y la exactitud de las aristas en los cuerpos cúbicos de las construcciones, aparecen con franqueza y con todas sus brillantes gamas cromáticas bajo los cielos luminosos de las mañanas de verano. No hay nadie aquí. Nada estorba la visión esencial de los volúmenes. Sólo la luz, que centellea arrancando destellos en un mundo del que la vida humana

parece haberse ausentado en pos de una limpidez que sólo el arte hace posible, como la imaginación de un instante no usado. Luz desierta, así se titulaba una turbadora pintura de Andrey Wyeth.

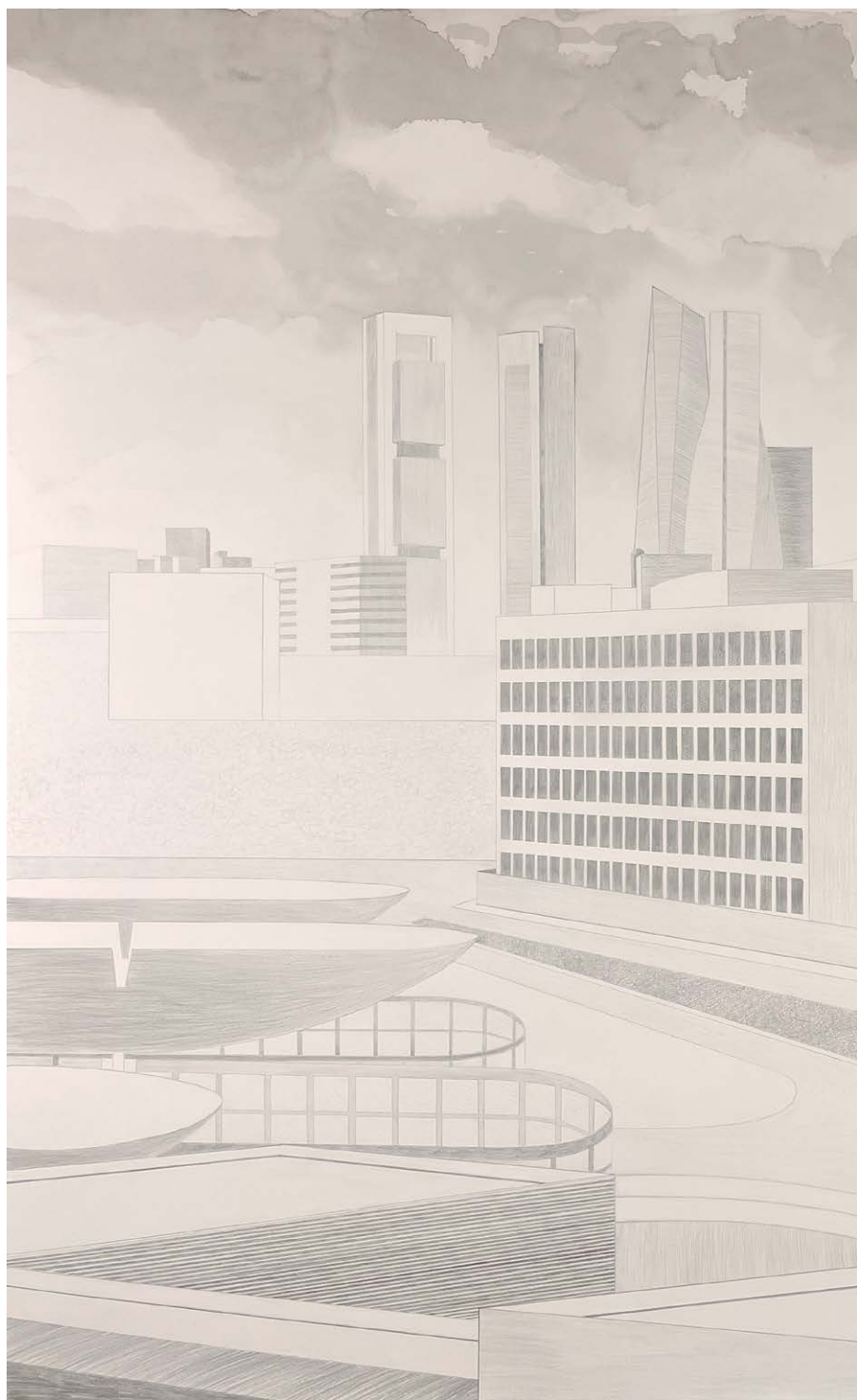
En realidad, y en contraste con las arquitecturas de todos aquellos otros pintores con querencia hacia los modelos italianos —de Sironi a De Chirico—, la modernidad de la visión de Leticia Zarza tendría que ver más con el otro lado del océano. Ella misma habla de Georgia O'Keeffe y su famosa *Calle de Nueva York con luna* (1925), una obra de una inquietud nocturna que no es propia de las suyas. Pero sí la concisión, la manera sintética de reducir a muy pocos los elementos capaces de hacer surgir la elocuencia visual. Como ocurre, por ejemplo, en algunas pinturas de Charles Demuth o con otras en las que Lyonel Feininger puso a conversar al cubismo con el expresionismo alemán antes de instalarse en los Estados Unidos. Las pinturas de Leticia me despiertan, sobre todo, el recuerdo de las de Charles Sheeler, su Nueva York incandescente, sus altas series de ventanas al sol, sus moles escalonadas haciéndose transparentes como planchas de cristal cuyos reflejos se solapan...

Aun esas relaciones de parentela más o menos lejana, aquel mundo de la entonces nueva ciudad industrial no es, con todo, el de Leticia. El sol que se abre paso entre los acantilados que forman las torres de cristal, el vacío de las calzadas, todo eso no pertenece en sus pinturas a un mundo productivo sino a su contrario: parece estar

dispuesto al ocio y al abandono en la contemplación, como los de un espectador ante un modelo de poliedro ideal, hermoso en su perfección intocada. Tanto las rectas farolas frente a las fantasías morunas de la Gran Vía, como los intersticios de sombra bajo las Cuatro Torres del nuevo norte de Madrid, han sido liberados de su función y se yerguen para esa contemplación sin objetivo, únicamente prendida de la pulcra precisión de su objeto, sobre el que se desliza la luz del mediodía. También Michelangelo Pistoletto, en la mitad de los sesenta, construyó cúbicos volúmenes de madera que era casas, tan esenciales que tenían el aspecto de piezas de una arquitectura infantil, las sucintas ventanas, los tejados rojos. Las llamó *Case a misura d'uomo*, y se me hace inevitable recordarlas a la vista de las acuarelas tituladas *Bloques al ocaso* y las maquetas que Leticia ha incluido en su exposición.

Una exposición que ha tomado como título general *Horizonte*, pese a que ese elemento no comparece, en realidad, en demasiadas obras, salvo de un modo implícito. Hay una excepción. Una de las pinturas tiene para mí en su horizonte, precisamente, un elemento sustancial que tira de mi experiencia. Todos los años, un día de los más calurosos de agosto, trepo por los caminos polvorientos de la Sierra de Irta —*Sierra de Irta* se titula la pintura— y asciendo, bastante esforzadamente, hasta la ermita de Sant Antoni, entre barrancos de hierbas olorosas y bancales de cultivos abandonados. También hay ruinas prematuras que poco a poco van siendo tragadas por los algarrobos

y los arbustos espinosos. Quedan atrás urbanizaciones, se oyen voces entre las piscinas. Uno de esos bloques de apartamentos que miran al mar ha servido a Leticia Zarza para la construcción de esa pintura —como todas las otras— exacta, prístina. Pero en esta el horizonte gris de la sierra aparece con toda evidencia. Por debajo, el césped impoluto y las terrazas con arcos de los recintos en alquiler. En los días más claros, desde lo alto de la sierra, la amplitud del panorama permite a la vista llegar muy lejos, al Delta del Ebro y al Cabo de Tortosa. Ocurre muy pocas veces, por lo general lo impiden el denso aire del litoral con su polvo de arena, que difumina los contornos. Pero en las pinturas de Leticia Zarza, esa brillante nitidez siempre se impone y nos invita a soñar un mundo esencial y un tiempo sin tiempo, en un cierto olvido.





Horizonte (2025)

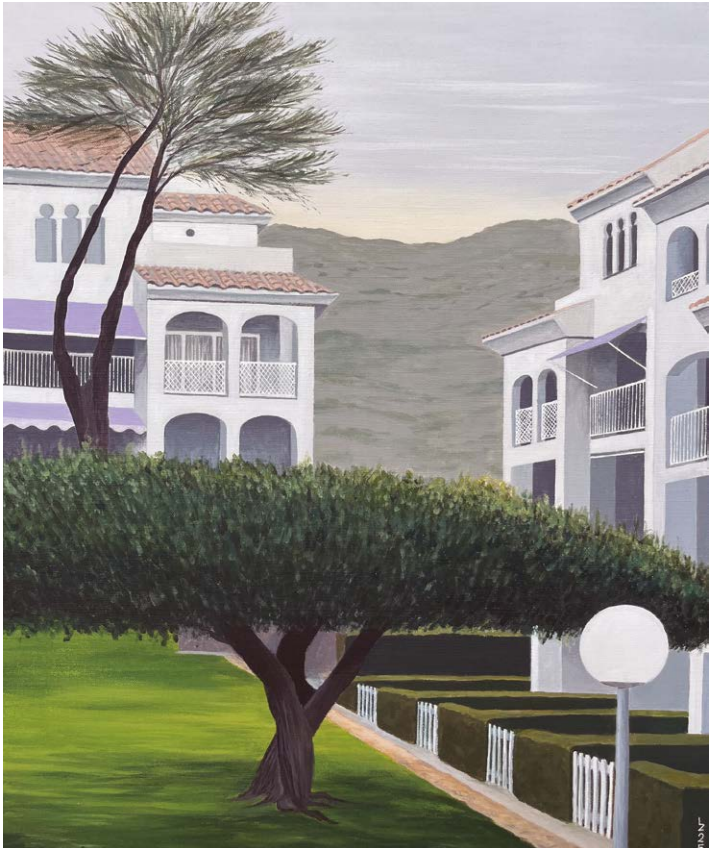
Grafito y tinta china/papel Arches, 120 x 150 cm

Gran Vía (2025)

Acrílico/tela, 120 x 100 cm



Sierra de Irta (2025)
Acrílico/tela, 55 x 46 cm



Isla Cristina (2025)

Óleo/tela, 55 x 46 cm



Casas (2026)

Acrílico/tela, 40 x 40 cm



Bloque(2026)

Acrílico y aerógrafo/tela, 40 x 40 cm



Bussines Area (2026)

Acrílico/tela, 73 x 54 cm



Bloques al ocaso I (2026)

Acuarela/papel Arches, 36 x 26 cm





Bloques al ocaso II (2026)

Acuarela/papel Arches, 36 x 26 cm



Bloques al ocaso III (2026)

Acuarela y acrílico/papel Arches, 36 x 26 cm

Bloques al ocaso IV (2026)

Acrílico/cartón entelado lino, 40 x 30 cm



HORIZONTE

Recientemente leía en un post del Museo Thyssen la cita de Georgia O'Keeffe sobre su obra *Calle de Nueva York con luna* (1925): «No se puede pintar Nueva York como es, sino tal y como uno lo siente». Para mí, esa idea trasciende la ciudad concreta y se extiende a cualquier espacio arquitectónico: no pintamos lo que vemos, sino lo que el lugar despierta en nosotros.

Antonio López García, otro maestro al que admiro profundamente, también expresa ese sentimiento a la hora de elegir un tema o imagen: primero tiene que impresionarte por algo, aunque no sepas explicar por qué. Esa impresión inicial —esa emoción sin nombre— es el punto de partida. Trato de ir con los ojos abiertos por los lugares que recorro, buscando en la arquitectura no solo formas y luz, sino también la simbología, el peso emocional y, sobre todo, el sentir que a mi juicio emana de ella.

En esta exposición predomina la arquitectura contemporánea, en su mayoría madrileña, porque Madrid es mi ciudad y mi horizonte cotidiano. Pero podría ser cualquier urbe en expansión. El título de la muestra, "Horizonte", coincide con el dibujo de gran formato: una panorámica

de la zona norte de la capital, donde predominan los grandes edificios de oficinas, de aspecto futurista, intercambiable con el de otras metrópolis globales.

Algunos cuadros son barrios y zonas relativamente nuevas donde podría verse el trajín de gentes y los coches propios de una gran urbe. Sin embargo, en mis pinturas busco justamente lo contrario: el silencio que se esconde bajo el ruido, la quietud que permite escuchar lo que esas moles arquitectónicas susurran. Una pérdida progresiva de identidad: fachadas estandarizadas, materiales repetidos, escalas que priorizan la eficiencia sobre el carácter local. La ciudad se globaliza, y con ella se diluye lo que la hacía única. Son huellas humanas del tiempo que me ha tocado vivir, testigos de una época de transformación acelerada.

Como decía Heidegger, «el hombre habita en lo que construye». Yo diría, invirtiendo el enunciado, que el artista construye en lo que habita. Y en eso estoy: habitando la ciudad que cambia a velocidad vertiginosa, y construyendo —a través de la pintura— un testimonio.

La arquitectura contemporánea enfrenta desafíos candentes. Vivimos un momento de tensión urbanística: por un lado, la gentrificación devora lo antiguo —para algunos supone la pérdida de identidad y cultura local; para otros, una oportunidad de rehabilitación y revitalización—; por otro, la expansión periférica que responde a la demanda habitacional y genera nuevos paisajes arquitectónicos, a veces desconcertantes, a veces fascinantes.

No todo en este Horizonte son edificios. Hay también lugares más castizos y humildes: una barriada de Isla Cristina en Huelva por cuyas calles se pierde el sol en el atardecer o las vistas de la sierra de Irta desde unos apartamentos de estilo andalusí en la costa castellonense. Un fuerte contraste con la urbe. Amo ambos escenarios —el vertical y frenético de la ciudad, el horizontal y pausado del litoral o el interior— con sus defectos y sus virtudes.

Tadao Ando explica que la arquitectura transforma lo concreto en un orden espacial, integrando naturaleza, lugar y abstracción. La pintura, a su vez, da un paso más allá: transforma ese orden ya abstracto en pura fantasía, en libre pensamiento. Porque, aunque parto de imágenes reales, me enfoco en el artificio. Reinventar la luz que nunca fue exactamente así, exagerar el silencio que apenas se intuye, torcer perspectivas para que el horizonte revele algo que la mirada cotidiana no alcanza. Ese artificio no es engaño; es verdad más profunda, la del sentimiento que O'Keeffe defendía, la impresión inexplicable que describe López García.

Y como culminación de este proceso, la exposición incluye una serie dedicada a arquitecturas enteramente inventadas, directamente inspiradas en unas maquetas de papel que colgarán del techo del espacio expositivo. Estas maquetas —edificios ficticios hechos de un material ligero, efímero y maleable— flotan sobre el visitante como horizontes suspendidos, sin ataduras a la gravedad ni a la realidad urbana. No describen ningún lugar concreto;

funcionan más bien como el esqueleto de una arquitectura imaginaria.

Me gusta experimentar con técnicas diversas, explorar estéticas y, sobre todo, seguir buscando mi manera de decir las cosas.

Porque el horizonte, en pintura como en la vida, es infinito.

Leticia Zarza

Madrid, 20 de febrero de 2026



ESTE CATÁLOGO DE LETICIA ZARZA
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR Y ENCUADERNAR
EL DÍA 17 DE ABRIL DE 2026
EN LA IMPRENTA DIGITAL EXAPRINT



www.galeriaautopiaparkway.com